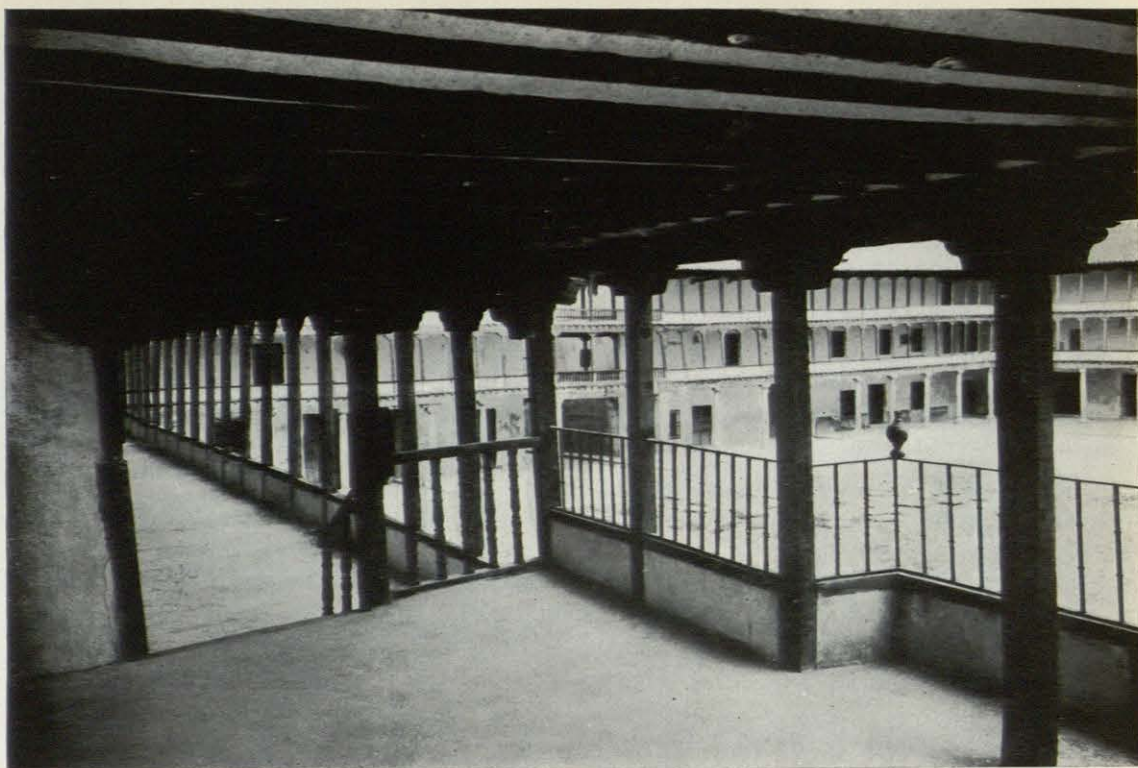


DIGNIDAD DE LA ARQUITECTURA

III

LOS PATIOS. LOS CLAUSTROS

Una de las formas arquitectónicas indudablemente más entrañables son los *patios* y *claustros*. A pesar de sus diferencias mutuas, coinciden en su carácter recoleto y abierto a la par, en su clima de apertura a la comunicación y de invitación al sosiego del recogimiento. Todo patio, todo claustro es a la vez hogar y ágora, lugar propicio al retiro del soliloquio reflexivo y al intercambio pacífico del diálogo. Ambos son un trozo de mundo abierto trasplantado al ámbito acotado de la habitación humana, y constituyen un modo inigualable de domeñar por una parte la dispersión mundana sin perder el libre vuelo de los horizontes ilimitados y de conceder, por otra, a la morada del hombre una salida al ancho mundo conservando la serena contención del retiro hogareño. Patio y claustro vienen a ser el *ágora del recogimiento*, hogar nato de la convivencia familiar o comunitaria. Constituyen por ello en todo rigor el corazón de la casa que pedía Saint-Exupéry en *Citadelle*, pues, a no dudar, *el impulso de toda vida auténticamente humana procede de la práctica del intercambio en amor*. Todas las vías de la casa o del convento abocan al patio o al claustro, y lo atraviesan cordialmente. En torno al claustro y al patio se adensan muy expresivamente las habitaciones que albergan la vida íntima de los moradores.



PLAZA. CLAUSTRO EN TEMBLEQUE.

Fotos Gómez.

Sus ventanas dan al patio y al claustro, como los corazones de quienes las habitan deben abrirse al ámbito común de una existencia solidaria. Por los patios y claustros corre el aire y vibra la luz con libertad, y sus árboles y plantas ostentan el carácter simbólico de la presencia de la naturaleza viva en el seno mismo del hogar humano.

El patio y el claustro son heraldos de grandeza y señorío por serlo de una vida comunitaria potente. A su sombra cobran pleno sentido los relieves simbólicos de las labras heráldicas, de las tumbas de grandes hombres, de las amplias lápidas conmemorativas.

Nada extraño que ante esa conjunción de grandeza e intimidad surja la eclosión de vida espiritual que llamamos un estilo, se configuren las formas y se logren ámbitos de sin par elegancia, donosura y nobleza.

La historia del Arte está esmaltada de los ámbitos artísticos constituidos por los patios y los claustros. En los cuadernos de viaje de todos los degustadores de Arte constituyen las visitas a los claustros y patios artísticos rincones de sosegada y purísima contemplación llena de altos valores humanos.

Vaya mi primer recuerdo para el claustro finísimo de San Marcos de Florencia. Las ventanas diminutas de las ascéticas celdas monacales, cuya extrema adustez es suavizada por los frescos de Fra Angélico,

recortan diversos perfiles de este ámbito perfecto formado por las elegantes columnas, las arcadas ingravidas, el verde intenso de los cipreses impávidos sobre el trasfondo de un cielo increíblemente azul. Es un patio construido como para comentar en voz leve el mundo de sucesos y experiencias plasmado en su pintura por Fra Angélico. Agora mística destinada a dar realización concreta al gran misterio de la comunidad de quienes se unen en Dios.

Cuando después de una visita a las amplias naves de una iglesia catedral, espaciales pero cerradas como una falange en torno al misterio del Dios escondido en el altar del sacrificio, salimos al claustro catedralicio con su jardín, sus viejos árboles, sus fuentes y el cascabeleo de la luz en sus arcadas, sentimos espiritualmente cómo la naturaleza abierta se inserta en el ámbito sacro y busca reposo y sentido a la sombra del templo.

En los viejos pazos del Norte español el patio invita a la tertulia noble, al paseo sosegado y coloquante al amor de la sombra en el verano y al abrigo de la lluvia cotidiana en los días largos de invierno.

Y ¿qué diremos de la elegancia sin par, del majestuoso porte y amplio aliento, del gesto de brazos siempre abiertos al acogimiento y al coloquio de los patios que albergan el Hospital de los Reyes en Toledo,

el Hostal de los Reyes Católicos en Santiago, el Colegio de los Irlandeses en Salamanca, la antigua Universidad de Alcalá...?

Capítulo aparte, mas en tono menor, pero siempre a una altura de auténtico arte, merecen los patios de ciertas casas de vecindad, ámbitos entrañables rodeados de un halo de nobleza, de vida abierta al calor de la convivencia, a la sorpresa siempre nueva del diálogo, de la conversación fácil, melosa, chispeante del hombre latino. Adivinar a través de los enrejados el clima gratísimo de los patios interiores es, en muchas ciudades españolas—Ciudad Rodrigo, Granada, Sevilla, Córdoba...—, uno de los más altos goces del callejeo cotidiano.

IV

LAS PLAZAS

Tras el estudio de los patios y claustros se impone el de las *plazas*, pues lo que es el patio a la casa, a la ciudad lo es la plaza: lugar nato de convivencia, de amplitud arquitectónica y expansión del espíritu. La plaza, en principio, es un salón ciudadano, abierto a mil caminos, encrucijada de mil vías, lugar de encuentro y fraternización, escenario vivo de avatares políticos y conmemoraciones cívicas, rostro nunca velado de la vida interna de una ciudad.

Si calles y plazas constituyen el entramado interno, el corazón que impulsa y canaliza la vida de la ciudad, las plazas constituyen el momento plenificante de diástole, de expansiva comunicación y transferencia. Fatigado, tal vez abrumado por la monótona y opresiva angostura de las calles, el caminante acoge las plazas como una liberación. Tal vez en ninguna parte como en Venecia se descubre tan nítidamente el carácter acogedor de las plazas, abiertas como grandes salones al término de los largos pasillos angostos que son sus calles. Sin la preocupación de la circulación rodada, sin oír más ruido que el débil chapoteo de las barcas en los canales cercanos, las gentes venecianas miman sus ocios en estas plazas de contornos irregulares, enmarcadas por casas de poca altura, escuetas y mondas como una sala, prontas a hacer eco al más leve paso humano. Como compendio, quintaesencia y culmen de las innumerables plazas venecianas, siempre cubiertas en verano de sillas, mesas de restaurantes—aisladas por los típicos farolillos—y grupos de niños que corretean, se halla en el corazón de la ciu-



PLAZA CASTELLANA.

dad la gran plaza de San Marcos, testimonio vivo de antiguas grandezas y de actual prosperidad. ¿Quién no admiró su admirable serenidad de salón patricio, coronado por la grácil esbeltez de la alta torre, presidido por la secular fachada de la nobilísima catedral, abierto por un costado al mar bullucioso sembrado de góndolas y atento, a la vez, al bullanguero ir y venir de los paseantes, al arrullo de las tonadillas populares de las orquestas de las terrazas, al aleteo incesante de las bandadas de palomas siempre prestas a poner su nota de color en las mil y una fotografías que se hacen a diario en este gran escenario de la vida cotidiana del pueblo veneciano?

Muy semejantes en espíritu a esta plaza son las *plazas mayores* de nuestros pueblos, sencillas y solemnes al mismo tiempo, propicias al coloquio cotidiano, al paseo vespertino, a la exhibición dominguera y al acontecimiento local. Antiguas plazas de lidia, lugar de ejecuciones, escenario ciudadano abierto al sol de los grandes días, siguen siendo hoy encrucijadas vivas en el bullir ciudadano.

Como hermanas menores de estas plazas, se hacen notar discretamente aquí y allá las recoletas plazoletas que invitan al tranquilo paseo solitario, a la lectura reposada, al despreocupado jugueteo de los niños. Constituyen estas pequeñas plazas los rincones más acogedores de la ciudad, sus lugares más entrañables y pintorescos, que ponen en la sordidez de las callejas antiguas una nota de vivacidad y colorido. Nada extraño que atraigan la atención de los artistas y

constituyan el motivo inspirador de multitud de lienzos. Saltan a la mente sin dificultad a este propósito ciertas estampas de la soleada Sevilla y del asenderado y nunca agotado París.

En un plano superior se destacan las grandes plazas de algunas ciudades populosas, aptas para las grandes concentraciones de masas. En ellas se concentra y vibra de cuando en cuando el alma de todo un pueblo, y los inmensos espacios abiertos de estas plazas se adensan y acortan al conjuro de una intensa emoción unánime. Estas plazas viven como tales tan sólo merced al dinamismo de un suceso relevante. En ellas encuentra el pueblo al filo de sus grandes días un ámbito de resonancia cabal.

En las ciudades febriles de nuestro tiempo abunda otro género de plazas, la *plaza encrucijada*, agitado cauce de caminos más propicio para pasar que para estar, lugar exclusivo de demoras nerviosas, de prisas y despedidas. Al degenerar la calle de lugar de estancia en mero lugar de tránsito, la plaza adquiere un hosco carácter de escenario de la huida colectiva en que las gentes se apresuran a marchar con aire desabrido. No puedo sino pensar en la famosa *Karlplatz* de Munich, el "Stachus" de los vientos helados durante los obligados transbordos de tranvía. Se dice que es el nudo ciudadano de comunicaciones más intenso de Europa, y puede servir muy bien de ejemplo de plazas típicas de tránsito.

En nuestro país destacan por su significación espectacular, su proyección literaria y

su repercusión social las llamadas "plazas de toros", ámbitos que se hallan a medio camino entre el edificio cerrado y la plaza pública, y que se asemejan por ello más a un patio que a una plaza abierta, si bien conservan buena parte del sabor y la traza de las plazas antiguas cerradas de las que tomaron origen y nombre. Estas plazas están concebidas como ámbitos cerrados, abiertos únicamente al sol implacable de las tardes de fiesta mayor, sin más salida posible que la lucha mano a mano del hombre indefenso y la bestia armada con su noble voluntad de embestir. Se abre la plaza para que hagan su aparición los protagonistas. Serenos, con noble porte, avanzan solemnemente los toreros, ocultando su íntimo nerviosismo bajo un rostro severo y concentrado. Despavorido se precipita el toro en la arena rubia, a la que pisotea y aja en su primer correteo alocado. Los portones se cierran, y en la plaza sin salida se quedan todos—bestia y toreros—a solas bajo la mirada intensa del público, que desde los cuatro puntos cardinales hace imposible la soledad en el encierro desesperado de la

arena. La suerte está echada, y sólo a través del riesgo vencido podrá el torero reconquistar la libertad y alzarse, en casos, a la gloria del triunfo. Esta reclusión dramática se realiza con aire grave y festivo de rito, y el temor al riesgo y los más oscuros presentimientos entran en un proceso de transfiguración estética al cruzarse en perpendicular con el brillo fastuoso de los trajes y la exaltación natural de la luz. La fiesta brava está tejida de tensiones, y cuando el público, en la tarde tórrida, ve que la luz divide violentamente a la plaza en dos y que la arena vibra y bulle bajo el sol siente que la plaza, como tal, acaba de nacer, acaba de ponerse en trance para la experiencia de la lucha.

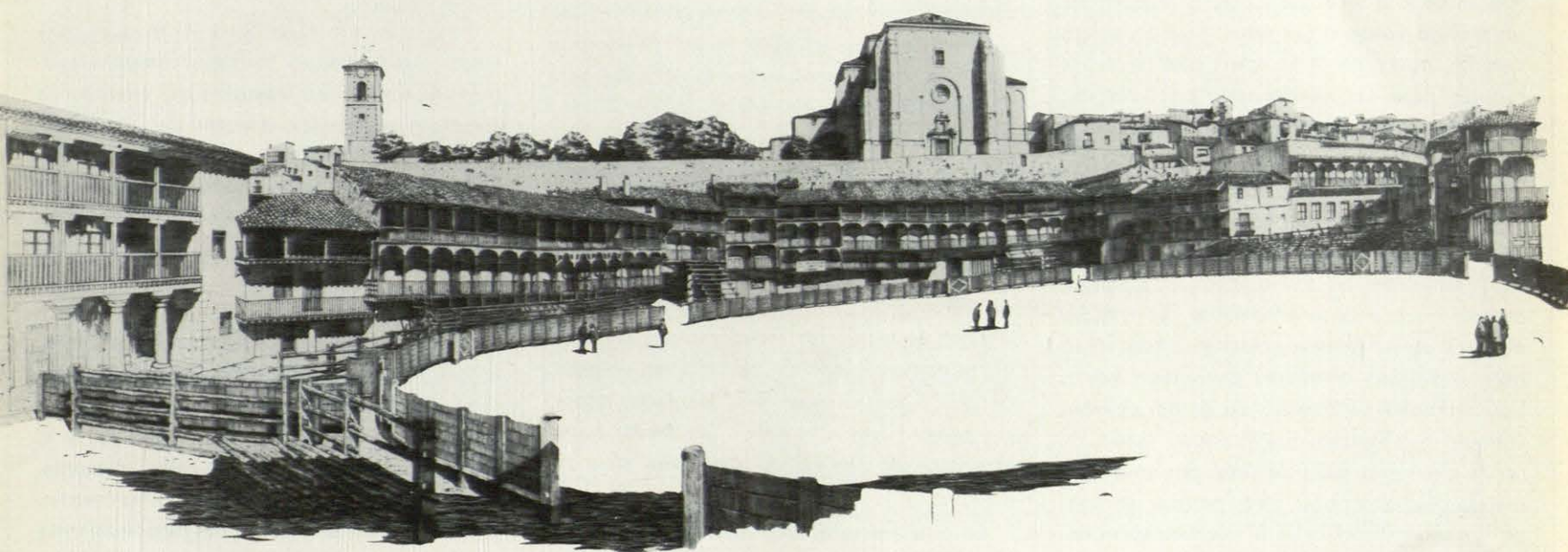
Como se ve, debemos adentrarnos dinámicamente en los ámbitos si queremos comprender certeramente su carácter y significación. Tarea sumamente importante, sobre todo cuando se halla uno enclavado en países pertenecientes a la llamada "cultura de ágora", hija del diálogo y la comunicación al aire libre, remansados en los ámbitos acogedores de los patios, claustros y plazas.

Muy cerca de las plazas de toros se ha-

llan, cuanto a su significación humana, los campos de deportes. Ya no se trata aquí de una lucha a puerta cerrada, ineludible, sino de una competición entre bandos opuestos. ¿Qué sentido confiere la actividad competitiva a los espacios? ¿Qué es, en rigor, fenomenológicamente hablando, un campo de fútbol, un tablero de ajedrez, una mesa de billar?

Pocos temas nos permiten comprender con la claridad que éste la importancia de la acción humana en la configuración viva de espacios y, por tanto, la interacción de espacio, tiempo y experiencia humana.

Hay espacios y realidades espaciales que han sido creados con fines eminentemente dinámicos, de tal modo que sólo a una visión muy flexible que los analice a una con la actividad humana llamada a desarrollarse en ellos ofrecen la plenitud de sus vertientes. Para comprender debidamente este tema, y medir, por tanto, el alcance de los campos de deportes y tableros de juego, creo necesario reflexionar previamente sobre algunos aspectos que ofrece el mundo enigmático de un teclado pianístico.



LA CELEBRE PLAZA DE CHINCHON.